

Laúd y cicatrices

Daniilo Kiš

Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek



«Acababa de volver a París después de las vacaciones de Semana Santa. Vivo en el distrito diez y no sufro de nostalgia. En los días soleados me despiertan los pájaros, igual que en Vodovac; por la puerta de la terraza abierta, oigo a los serbios llamarse a gritos y jurar como carreteros; por la mañana temprano, mientras calientan sus coches, surge del casete el acordeón atronador. Por un momento, no sé dónde estoy».

Como el narrador de esta historia todos los personajes, reales o ficticios, que transitan por los cuentos de LAÚD Y CICATRICES pertenecen a esa galería de «destinos centroeuropeos» que son los emigrados del siglo XX.

Los escritores Ivo Andri, Odon Von Horvath o el mismo Danilo Kiš son protagonistas de los relatos de este libro, y con ellos, un poeta, un suicida, un apátrida, un prisionero... Partiendo de sus propios recuerdos, de historias reales o imaginadas, de sueños y vigiliadas, Danilo Kiš se adentra en un puñado de vidas unidas por el desarraigo y el exilio.

El apátrida

1

«Llego a París el 28 de mayo de 1938».

Se alojó en un hotel del Barrio Latino, cerca del teatro Odeón. Este hotel despertaba en él pensamientos lúgubres y por la noche, al apagar la lámpara de la mesilla, se le aparecían fantasmas, alrededor de los cuales todavía flotaban, como mortajas, las sábanas de la habitación desplegadas. Una de las parejas de espíritus le era familiar y el señor sin patria revivió en su interior la imagen del poeta y de su amante, tal como los había visto en la foto del libro conmemorativo dedicado a ese poeta: ella, Leda, con un sombrero enorme que le arrojaba sombra sobre la cara como si un velo le cubriese los ojos, aunque esa oscuridad no bastaba para ocultar la contracción, apenas visible, que se formaba alrededor de sus labios, causada por la edad y la sensualidad; él, el poeta, herido por el amor y la enfermedad, con los ojos desorbitados por el hipertiroidismo, en los que aún brillaba el fuego como si se tratase de la mirada del primer violinista de una orquesta cingara. Que el trovador de Leda antaño se alojaba siempre en este hotel, lo sabía, entonces, probablemente sólo él, el señor sin patria. Cuando llegó al

hotel, preguntó al portero si en ese establecimiento, alrededor del año mil novecientos diez, había residido el poeta... y pronunció su nombre. El joven, evidentemente confuso por el nombre extranjero, dijo de golpe en su lengua materna: «¡No comprendo, señor!»^[1]. El señor sin patria se convenció una vez más de hasta qué punto las fronteras que dividen los mundos son insalvables y hasta qué punto la lengua constituye la única patria del hombre. Acto seguido, cogió la llave y se dirigió a su habitación en la segunda planta, corriendo escaleras arriba, porque en los últimos tiempos evitaba los ascensores.

2

«Los testimonios de este postrer período de su vida son contradictorios. Unos lo ven, obsesionado por la angustia, evitando con miedo supersticioso los ascensores y automóviles, mientras que otros...».

Una vez leyó en un periódico, de eso han pasado más de veinte años, que un joven, en Budapest, se había precipitado con el ascensor y que lo encontraron aplastado en el sótano. Este suceso lejano se había grabado en su memoria y allí dormitó durante años escondido, para resurgir un día, igual que emerge a la superficie del agua un cadáver al perder la piedra que lo arrastraba. Había ocurrido unos meses atrás, mientras esperaba el ascensor en la oficina de un editor de Berlín. Apretó el botón y oyó cómo el antiguo elevador francés bajaba zumbando en su jaula desde alguna parte en las alturas. Y entonces, de repente, con una ligera sacudida, se paró ante él, justo delante de sus narices,

un ataúd negro barnizado, forrado de seda morada con lirios estampados como el revés de un brillante crep de la China, con un enorme espejo veneciano de bordes pulidos y cristal verde semejante a la superficie de un lago límpido. Este féretro vertical, encargado para un entierro de primera clase, movido por la fuerza invisible del *Deus ex machina*, que había bajado de las alturas y se acercaba navegando como la barca de Caronte, aguardaba ahora al viajero pálido que estaba indeciso y petrificado, apretando bajo el brazo el manuscrito de su última novela titulada *El hombre sin patria* (y observaba en el espejo, a través de las rejas, al viajero pálido que indeciso y petrificado apretaba bajo el brazo el manuscrito de su última novela), y lo esperaba no para trasladarlo al «más allá», sino sólo hasta el oscuro sótano, tanatorio y cementerio, donde descansaban en sarcófagos similares viajeros extraviados de ojos vidriosos.

3

Al llegar a la habitación, a la que el portero ya había llevado su equipaje, el huésped colocó primero los manuscritos sobre la mesa y luego empezó a apuntar las impresiones de la jornada. En los últimos años, el señor sin patria escribía cada vez más en los hoteles, durante la noche o el día, en cafés, encima de mesas de mármol falso.

4

Anotó rápidamente unas observaciones, unas *Bilder*: una vendedora de periódico que sorbe la sopa del plato y tiene junto a las fosas nasales una úlcera del tamaño de una moneda, una herida en carne viva; una mujer enana que intenta subir al tren; un camarero que suma las cuentas sujetando el bolígrafo entre el meñique y el índice porque le faltan los otros dedos; un portero pustuloso con un forúnculo en el cuello, etcétera.

5

Despreciaba los duelos como símbolo de la presunción de los señoritos, al igual que las broncas y los ajustes de cuentas a puñetazos o con navajas, pero no por eso estaba menos obsesionado con la brutalidad humana, en la que veía sólo el reflejo de la barbarie de la sociedad. La deformidad física, y todo lo que era anormal en la gente le fascinaba, porque apreciaba en ello la cara oculta de lo «normal». Los gigantes, los enanos, los ases del boxeo, los personajes monstruosos de las ferias desencadenaban en él toda una serie de asociaciones metafísicas. Ensoberdecido por el fragor de los hinchas, observaba sus rostros enloquecidos. Encerrado entre los forofos enajenados, se dio cuenta, percibió físicamente, el significado de unos conceptos abstractos, como son la colectividad, el caudillo, la idea, y también el sentido del antiguo lema sobre el pan y el circo, que resume de forma sentenciosa toda la planta baja de la historia moderna.

6

Este poeta tenía, allá en su patria, su monumento y sus calles; tenía generaciones de adoradores para los que él era un mito, admiradores que lo ponían por las nubes y se extasiaban ante su verso y su lenguaje como emanación del espíritu nacional; tenía también enemigos mortales que lo consideraban un traidor a los ideales nacionales, un hombre que se había vendido a los alemanes y a los judíos, a los nobles y a los burgueses, y al que negaban todo tipo de originalidad, tachándolo de simple imitador de los simbolistas franceses, plagiarlo de Verlaine y Baudelaire, y del que escribían panfletos llenos de acusaciones y calumnias de todo género.

7

Su padre, Aladar von Nemeth, empezó con mucha modestia la carrera «diplomática», como agregado naval de la Lloyd de Budapest, y su primer destino fue Rijeka (Fiume). El viaje a Fiume coincidió con la luna de miel del joven diplomático, que acababa de casarse con una tal Zofia, de soltera Dvorák. En esta ciudad consular y diplomática vio la luz del día el futuro «apátrida», que guardará toda la vida en su interior el recuerdo del mar y de una palmera delante de la ventana que se inclinaba ante los golpes del viento del norte, como ilustración de un proverbio espartano, muy apreciado por su padre: que la resistencia se adquiere en la lucha constante contra los elementos.

8

Su habitación estaba cubierta de tapices y el suelo con piel de cordero; en verano se echaban las cortinas de las ventanas para protegerlo del sol, y en invierno, una enorme estufa de cerámica de Fayenza, parecida a una de esas catedrales modernistas, calentaba los salones. A partir de su quinto cumpleaños, por razones de higiene y conforme al espíritu espartano, dejó de calentarse su dormitorio infantil; las niñas se acostaban de vez en cuando en la cama del niño para templar los pesados edredones con su calor de aldeanas sanas.

9

Su bisabuelo materno (con patillas, el sombrero de media copa en el brazo izquierdo doblado, el codo derecho apoyado sobre un estante alto; encima del estante, un jarrón con rosas de papel; a sus pies, un enorme dogo de Fayenza) se llamaba Feldner. Aparte de esta foto con las rosas de papel, no había muchos documentos suyos en la casa y de él se hablaba con cierto sentimiento de culpa: «el difunto Feldner» (siempre por el apellido y siempre añadiendo «difunto»). Que algún pecado primitivo, una especie de pecado original familiar, provenía de él, era más que seguro. Por eso eran raros los papeles que le atañían, por eso, esta única fotografía en el álbum.

10

Esta cara redonda de grandes bigotes y patillas, es el padre del poeta, el honorable Dr. Aladar von Nemeth, en compañía de Lajos von Hatvany («que mantuvo correspondencia con Thomas Mann y Romain Rolland»). Y ésta, es la madre del escritor (el rostro sereno bajo una corona de cabellos claros recogidos en una guirnalda). Aquí vemos a la familia en una barca, en un río. En el revés de la foto: «Belgrado, 1905». Los muros altos, con una torre que se vislumbra en un segundo plano, son los de la fortaleza de Kalemegdan. En un claro del bosque, los invitados están sentados alrededor de una mesa de madera toscamente tallada. El niño, en el regazo de la madre; a su lado, el señor Aladar von Nemeth con una escopeta de caza cuya culata apoya sobre la mesa como si fuera un bandolero cualquiera; en el lugar de honor, un señor con sombrero de cazador; las señoras también con sombrero; los caballeros vestidos con túnicas húngaras; «Dr. Aladar von Nemeth en compañía de su Alteza Luis III, Rey de Baviera. Presburgo/Bratislava». El niño en la bicicleta; con una mano se apoya en una pared cubierta de hiedra: «Budapest, Rakoczianum, 1913». El joven con un grupo de alumnos y profesores; Egon von Nemeth está señalado con una flecha pequeña: «Munich, Wilhelmgymnasium, 1914», etcétera.

11

Gracias a un poeta, pronto aprendió el lenguaje secreto y cifrado del amor. A los dieciocho años, enamorado de una

estudiante, una alemana, descubrió que en la obra de dicho poeta existía un poema para cada una de las situaciones amorosas (para la euforia, la decepción, el temblor, el arrepentimiento), y se puso a traducir. Así, tradujo —naturalmente *à propos*— unos cincuenta poemas, y cuando este ciclo amoroso empezó a titilar en alemán y ya se encontraba en la imprenta, el amor alcanzó, a través de la cristalización (por hablar como Stendhal), el punto en el que la pasión comienza a arder sin llama y a extinguirse. De todo esto, detrás de la aventura juvenil y de tanta exaltación amorosa, quedó sólo esa colección de poesías traducidas, como si se tratase de un álbum de recuerdos ajado, y aquel eco violeta alrededor de las cosas en sus novelas, la carga lírica de sus frases que los críticos advertirían no sin cierta vacilación.

12

Todo ser joven y sensible, sobre todo si ha sido tocado por la educación y la música —y tal era su caso— tiende a interpretar los turbios arrebatos del cuerpo y del alma, ese magma lírico de la juventud, como señales prematuras de talento, aunque con frecuencia se trate sólo del misterioso centelleo de la sensibilidad, esa turbia combinación de secreción glandular y contracción del sistema simpático, simbiosis de tectónica orgánica y de música del alma, que son un don de la juventud y de la exuberancia espiritual y que, similares a la poesía por sus estremecimientos, pueden ser fácilmente confundidas con ésta. Y una vez poseído por semejante magia —que se convierte con los años en una costumbre peligrosa, como el tabaco y el alcohol—, uno conti-

núa escribiendo, con la mano hábil de un versificador, sonetos y elegías, versos patrióticos y circunstanciales, aunque no se trate más que de un mecanismo en marcha que arrancó en la juventud y que ahora, por la fuerza de la inercia y de la costumbre, da vueltas con el más mínimo soplo de brisa, como un molino de viento vacío.

13

Egon von Nemeth despoja deliberadamente su obra de cualquier elemento autobiográfico en los tiempos en los que el *Bildungsroman* florecía en la literatura europea y los escritores construían su obra a partir de la procedencia social del protagonista (el «narrador» tras el que se esconde una autobiografía apenas modificada), que culpa sin cesar a su entorno y se opone a él, destacando penosamente su rebelión o por el contrario, elige el otro tipo de *vanitas* que revela el origen popular del autor —librándolo del pecado original y de una inexorable responsabilidad en los males de este mundo, y atribuyéndole cierto derecho divino para nombrar el mal sin remordimiento—. Von Nemeth consideraba a los progenitores y los orígenes como una bagatela y una casualidad, presintiendo, con clarividencia, en la teoría del origen social las huellas de una nueva y peligrosa teología del pecado original, ante la que el individuo permanece indefenso, señalado para la eternidad como si le hubieran marcado con un hierro al rojo vivo el estigma del pecado en la frente.

14

«Yo soy la típica mezcla de la monarquía austrohúngara, que en paz descansa: al mismo tiempo húngaro, croata, eslovaco, alemán, checo y si empezara a husmear entre mis antepasados y a someter mi sangre al análisis —una ciencia muy de moda hoy día entre los nacionalistas— encontraría allí, como en el cauce de un río, rastros de sangre rumana, armenia y quizá gitana y judía. Yo, sin embargo, no reconozco esta ciencia de análisis espectral de sangre; una disciplina, por lo demás, de valor bastante dudoso, peligrosa e inhumana, sobre todo en esta época y en nuestra región, donde la nefasta teoría de suelo y sangre crea únicamente desconfianza y odio y donde este “análisis espectral de sangre y origen” se lleva a cabo preferiblemente de forma espectacular y primitiva, con cuchillo y pistola. Soy bilingüe desde que nací y he escrito en húngaro y alemán hasta cumplir los dieciocho años, cuando, después de traducir libremente la colección de poemas de un poeta magiar, me decidí por el alemán, ya que me era más familiar. Señores, soy un escritor alemán; el mundo es mi patria».

(De acuerdo con este texto, extraído de una entrevista del año 1934, de su álbum de familia, se podría suponer que el «difunto Feldner» pertenecía quizás a uno de estos «grupos sanguíneos» peligrosos que los nacionalistas consideraban hereditarios como la sífilis.)

15

Esta postura suya era en primer lugar la consecuencia de su resistencia orgánica hacia lo banal. Porque la teoría del origen, por un lado *racial* y por otro, *social*, había adquirido en aquellos años dimensiones monstruosas y se había convertido en el lugar común de todos los malentendidos y de todos los acercamientos: la gran idea de la comunidad había descendido a los salones y mercados, reunía bajo su estandarte a sabios y a estúpidos, mentes nobles y chusma, gente, por consiguiente, que carecía de cualquier afinidad, sin ningún parentesco espiritual, sólo esta teoría banal y peligrosa, reducida a la cursilería, del origen racial y social. Por eso en la obra de Egon von Nemeth, la cual abarca todas las clases sociales de la Europa de entonces —la nobleza, la alta burguesía, la clase media, los intelectuales de todos los orígenes, los comerciantes y artesanos, los empleados y funcionarios, los parásitos y el lumpen-proletariado, los obreros, los campesinos, los nacionalistas, los soldados, los conservadores, los socialdemócratas, los revolucionarios— no existen elementos autobiográficos. El testigo requiere neutralidad, tanto el arrepentimiento de unos como los prejuicios de los otros deben serle ajenos.

16

El señor sin patria, el apátrida, el cosmopolita —como lo llamaban todos los periódicos de su país— llegó a mediados de abril a Amsterdam, trazando un círculo a través de Italia, Yugoslavia y Hungría. De paso, en Budapest quería ver a su padre viejo y enfermo y sentir el clima europeo, con el fin de poder encontrar un material más fiable y actual para su nueva novela, *Adiós, Europa*. Desde Budapest,

al despedirse de su padre consciente de que, probablemente, no volvería a verlo, prosiguió su viaje a Amsterdam, donde entabló negociaciones con su editor, un tal Lange, el mismo que un año antes había publicado su primera novela, en alemán.

17

El señor Van de Lange era uno de esos editores jóvenes que, de repente —por una decisión inesperada— dejan de dirigir su amor por la literatura, y quizá su talento, hacia una fama literaria incierta, para enfocarlo a la mucho más segura labor de editar los libros que les habría gustado (¿y tal vez habrían podido?) escribir ellos mismos. Al heredar de su padre una pequeña biblioteca de préstamo, que además era un poco librería y un poco papelería, el señor Van de Lange tomó en cierto momento la determinación de imprimir los libros de sus amigos, quemando, no sin pesar, sus propios poemas. Era amante de la literatura alemana, y según él, fue Heine el poeta que lo había envenenado por primera vez con fantasías poéticas y le había enseñado a distinguir lo lírico de lo irónico, así como las relaciones sutiles que existen entre ellos —un arte muy raro tanto entre los escritores como entre los lectores—. En los años treinta, cuando a los autores alemanes les resultaba cada vez más difícil encontrar un editor en su patria, porque se los consideraba poco entusiasmados con el espíritu nacional o contaminados por la herencia de sangre, el señor Van de Lange empezó a publicar libros de refugiados alemanes, sin traicionar su propio gusto. Los escritores encontraban en él no sólo un editor para sus libros, sino también palabras amis-

tosas y de aliento. En resumidas cuentas, no era uno de esos editores a los que el éxito, el dinero y la fama han vuelto engreídos e inaccesibles, ni de esos que hacen su trabajo de forma rutinaria, juzgando a los escritores como charlatanes y haraganes que, en vez de dedicarse a cosas serias, se ocupan de una incierta y absurda^[2]...

18

Si no fuera por los periódicos (el señor sin patria los leía durante las primeras horas de la mañana en el restaurante del hotel) que hablaban del rearme, de la vertiginosa subida de los precios y del desempleo, de las negociaciones diplomáticas y de cierta precipitación y nerviosismo, aquí, en Amsterdam, uno podía creer que aún vivía en la vieja y buena Europa, y que la amenaza de guerra, Munich, el incendio del *Reichstag*, no eran más que pesadillas y alucinaciones de una sensibilidad enferma. El señor Van de Lange, su editor, un hombre de prominente mandíbula inferior y ojos serenos y tiernos (como si la parte baja de su cara estuviese separada de la alta por siglos de civilización), charlaba con él tomando café y coñac, como si los dos estuvieran en una isla. El señor Van de Lange estaba bastante bien informado sobre la situación en Alemania, y, a pesar de la disciplina férrea que obliga a guardar la calma y sangre fría —señal no sólo de buenos modales, sino también de una educación superior— mostró no poca preocupación por el destino de la cultura alemana y el futuro de Europa. En lo referente a los negocios, se ocupó de ellos aplicando la misma cortesía de un hombre realista y lúcido y estipuló con el señor sin patria un contrato con el que ninguna de las partes firman-